



PER T E N E N C I A E
OBJETOS
I D E N T I D A D



CIOFF® Argentina
Consejo Internacional de Festivales de Folklore y Artes Tradicionales
www.cioffargentina.ar / cioff.ar@gmail.com
facebook.com/cioffargentina — IG: @cioffar

Una imagen,
un testimonio

Agradecemos a Grupo Abriendo Surcos, a la Agrupación Folklórica Lazos de Amistad, a la Municipalidad de Brinkmann, a la Escuela Municipal de Danzas de Adelia María, a la Asociación Folklórica Estampas Norteñas, a la Compañía Artística Huella Pampa, al Ballet Senderos Argentinos, a CIOFF® Paraguay, a CIOFF® Bolivia y a CIOFF® Chile por su compromiso en la tarea de salvaguardar nuestro Patrimonio Cultural Inmaterial.

ÍNDICE

Publicación realizada por el Equipo de Difusión y Redes de CIOFF® Argentina. 2022.

Coordinadora: Silvana Piemonte

Equipo: Marcelo Alcoba, Ana Vera, Facundo Gaztelú

Curadora: Silvana Piemonte

Colaboración: Marcelo Alcoba, Ana Vera, Facundo Gaztelú.

Imagen de tapa: Foto de Fondo creado por www.freepik.es

Diseño: Silvana Piemonte



Licencia de Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Introducción	9
Testimonios	12 a 148
Institucional	150

Sobre OBJETOS, PERTENENCIA e IDENTIDAD. Una imagen, un testimonio.

A modo de prólogo....

Al mirar las estrellas me atrapa la magia del *encuentro*.

Un mismo cielo aún alejado temporalmente, nos reúne.

Esos mismos destellos de luz, iluminaron los ojos de mis padres, abuelos, abuelas, y muchos otros referenciándose y definiendo lo que SOY hoy.

Durante el 2021, en la continuidad del contexto de pandemia, desde CIOFF® Argentina a través del equipo de “Difusión y Redes”, impulsamos el proyecto “OBJETOS, PERTENENCIA e IDENTIDAD. Una Imagen, un testimonio”, como posibilidad para seguir construyéndonos comunitariamente, multiplicando voces y deseos de narrarnos. Otro modo de encuentros en tiempo de desencuentros.

La convocatoria institucional amplia, invitando a asociados y a participantes de instituciones vinculadas a la Sección Argentina, parte de un *objeto* como referencia material, para bucear en la memoria, desentrañar historias que cada quien porta, y no como un simple material de consumo.

En sus fundamentos, subyace la idea de que cada objeto materializa lo *intangible*. El motivo de haber sido resguardado durante un tiempo importante en las historias personales y, a su vez lo desafiante, *transmitir* esa resignificación a partir de un texto y una

imagen que, a posteriori, se comparte desde las redes institucionales en Facebook, e Instagram.

Historias intergeneracionales, rostros que dejan de ser anónimos y desde sus acciones ponen en palabras recuerdos, vivencias, sentires... revisan, desde la cotidianeidad, el valor de la palabra “patria” construida amorosamente con los vínculos próximos. Fragmentos de historias resumidos en un pañuelo, una muñeca, un reloj, un baúl, un mate, una radio... un cielo de luminarias que construyen la trama identitaria recuperando la metáfora que encabeza este fragmento. El proyecto se asume como excusa para recordar, emocionarnos, sonreír.... no solo al momento de escribir sino también al leer cada frase que completa el sentido de las imágenes.

Durante un período de tiempo que inicia en junio y finaliza en octubre, la instancia de socialización a partir de las publicaciones diarias de placas con la imágenes y las descripciones personales, las voces, tantos de los protagonistas de las historias, como de los lectores, confirma el cumplimiento del propósito inicial y suma otros resultados no previstos. Dentro de un mismo grupo, se *reconoce al otro desde un lugar distinto*. Incluso en agrupaciones con muchos años de funcionamiento, en donde los integrantes se conocen ampliamente, la socialización de las historias permite una nueva perspectiva: la emoción es dicha que se repite de boca en boca, y en esa ronda de encuentro, el reconocimiento del otro, logra mayor impacto, nuevo y sensible.

Las publicaciones dan lugar a la aparición de una *comunidad extendida*, donde incluso personas que están fuera de la red CIOFF® interactúan con las presentaciones desde un lugar personal no formal.

Muchos de quienes escriben el relato, si bien no son los actores principales, toman *conciencia del no registro*. Se tangibiliza la fragilidad de la herencia cuando solo forma parte de la memoria de sus portadores y no es volcada a otro medio.

En conjunto, los más de 70 testimonios junto con las múltiples reacciones recibidas, comentarios y réplicas en las redes advierten del impacto positivo del proyecto y motivan a compaginar esta propuesta en la publicación que aquí presentamos.

El lente de la cámara sigue abierto, pendiente para captar nuevas imágenes. Ojalá más testimonios y vivencias nos reencuentren descorriendo ese velo sutil que muestra la trama que nos entretiene en comunidad y aporta, desde su simpleza a la preservación del PCI.

Marcelo Alcoba, Facundo Gaztelú, Silvana Piemonte y Ana Vera
Equipo de Difusión y Redes CIOFF® Argentina



Mate de madera, oro y plata

Hay objetos que cargan el peso de la historia familiar, testigos de un devenir y que en su cuerpo mismo explicitan una posibilidad que solo se descubre en tanto se experimenta, como la vida misma: lo amargo o lo dulce. El mate que presento, data del 1914 y es referencia de lo explicitado.

Casi como profético regalo, mi nono eligió este objeto como mensaje de entrega amorosa a mi nona. El mate, de materiales nobles madera, oro y plata, significa un hecho inaugural, símbolo de compromiso, inicio de una familia. Ambos descendientes de italianos; él del norte, alto y rubio; ella del sur, más pequeña, de ojos profundos y fuerte personalidad. El mate fue algunas veces dulce, otras amargo, digamos la verdad: circuló más veces amargo que dulce...

Viuda joven, la nona Mercedes, con ocho hijos, algunos muy pequeños, se hizo cargo de sacar adelante la cosecha. Sola aprendió a leer y desde su lugar de mujer entendió que era prioritario que sus hijas estudiaran y ese fue un objetivo no negociable, todas tuvieron su herencia: un modo de hacer frente más amablemente a la vida.

La dureza de lo vivido la hizo pragmática, distante en su trato, las ruedas del mate eran de los grandes, como las charlas; los niños debían jugar en otro lugar. Verdadera matraca, gestó un modo de hacer frente a la adversidad, que se convirtió en cultura familiar. Y el mate pasó de generación en generación. Hoy es parte de herencia que atesoro.

Mutar lo amargo en dulce devenir es parte del mensaje que él encarna en su cuerpo que ha traspasado más de un siglo con dignidad y entereza. Me recuerda ese doble juego que implica el desafío de vivir, sorteando flexiblemente lo amargo, sabiendo que lo dulce es sólo una breve cucharada y que el disfrute se sostiene en la herencia de esos nobles materiales que impulsan al desafío, al hacerse cargo, a compartir lo poco o lo mucho... poniendo el hule en la mesa para todos.

Marco porta retrato



Daniel Hernán Robledo

Compañía Artística Huella Pampa
Olavarría, Buenos Aires

De aquel retrato de antaño, donde en blanco y negro posaban los bisabuelos recién casados, solo resta su estructura, revitalizada con vivos colores con el mero fin decorativo. Se pierde la esencia de su historia, valorizando sólo lo estético.



Nicasio Hombre alto, delgado, de pocas palabras, muy observador. Dejó a sus doce hijos una herencia importante: valorar la honestidad y la dignidad. Nació en Capilla del Zorro. Vino a Río Cuarto de adulto.

A los nueve años era boyero, no sabía leer ni escribir y, cómo trabajó de chico y con tanta gente, hablaba quechua, piamontés, contaba entretenidas anécdotas de los gauchos - quienes a pesar de sus pocos años, lo hacían dormir con ellos en los establos-.

Siempre fue peón de campo, vivía de la cosecha de maíz hasta que surgieron las cosechadoras. Ya casado, se dedica a hacer albañilería. En uno de esos trabajos le pagan con este reloj, y le gustó tanto que, aunque le faltaba el dinero, se lo quedó. Con el tiempo hizo poner la foto de su madre Ramona.

Al mediodía era toda una ceremonia verlo darle cuerda en forma muy lenta. Luego, se lo ponía en la oreja, escuchaba el tic... tac y lo volvía al bolsillito del chaleco. ¡Un gran hombre mi padre!



Reloj de madera con péndulo

El instrumento del tiempo que no está marcando el tiempo. Está parado. Cansado. Madera noble, agujas quietas, péndulos dorados sin rumores y la llave para poner en funcionamiento este viejo recuerdo de familia escondida en su interior.

Cada vez que levanto la vista y lo veo adornando mi lugar preferido de la casa, me viene a la memoria mis años de infancia, las vacaciones en casa de mi abuela en Buenos Aires. Y rememoro la primera vez que decidí quedarme en el tan tranquilo Béccar. Con sus calles anchas, sus veredas con inmensos y doblados árboles, con ese olor característico a jazmines en sus patios y el canto de las chicharras en las siestas que eran largas y a veces aburridas.

La primera vez que me quedé, tendría 7 u 8 años, fue toda una aventura. Había viajado con mi familia en el auto por un fin de semana y estando allá les dije a mis padres “me quiero quedar”, después me volvería con un tío muy querido que vivía en el campo cerca de nuestra casa. ¡Qué decisión!

A partir de ese primer desafío, casi todos los veranos iba a visitar a mi abuela durante quince días, que coincidían con las vacaciones de mi tío Alfonso. El momento más dra-

mático fue despedir a mi familia y ver el auto cómo se alejaba cada vez más distante y saber que no los iba a ver por casi quince días... Algunas lágrimas rodaron, pero estaba con mi querida abuela Pierina, que me cocinaba cosas ricas y me contaba historias de su infancia y juventud con una chispa en su mirada y una sonrisa siempre en su rostro, con su manera tan particular de hablar de su Italia querida y sus fugaces bailes de juventud, que tanto le gustaban pero eran pocas las oportunidades de disfrutarlos.

Se debía trabajar y sólo se podía ir un sábado al mes. A pesar, entonces, de estar cansado, este recuerdo familiar aún cumple una función muy importante que es la de activar esos recuerdos que llenan mi alma y mi corazón y permite que permanezcan en mí los lazos más importantes que forman parte de mi historia de vida... Sigue siendo un noble instrumento del tiempo.



Analía Gastaudo
Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe



Marcos originales que pertenecían a mis abuelos, las fotos se deterioraron, pero quise conservar parte de los recuerdos que hacen a la historia de mis raíces familiares.

Marcos originales



Baúl de madera antiguo

Esther González

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

El baúl del que les hablo tenía algo especial porque no se podía tocar. Esperábamos con ansias el momento de que mamá lo abriera... hasta que ese momento un día llegó.

¡Qué hermosa sorpresa!, había cajas de todos tamaños, de pañuelos, cajitas con fotos, zapatitos de bautismo, cajas con mantillas, rosarios, el misal, flores de tela, tocados para el cabello (a usarse en algún evento importante). Causaba curiosidad este momento, ya que mamá nos dejaba hurgar.

Con el tiempo yo quise tener un lugar así para guardar mis recuerdos y que se relacione con lo vivido, eso me ilusionaba mucho. Hasta que llegó hoy y logré tener ese baúl conmigo... el baúl que tan feliz me hizo.

Me emociono por todo lo que significa, ya que guarda momentos, infancia, olores, compañías, sabores de una época llena de buenos recuerdos y vivencias que nunca olvidaré.



Mueble aparador de madera con tallas

Viví la infancia con mis abuelos maternos en un caserón de principios de siglo XX. Una casa de las llamadas “chorizo”, por ser alargada, con balcones protegidos por altas persianas que daban a la calle.

Mi cuarto daba al zaguán, al igual que otra sala cuya puerta siempre estaba con llave. Allí se encontraban unos muebles altos, con espejos y hermosos mármoles y tallas. Esta habitación solo se abría para ventilar, limpiar y para las visitas, a quienes se les servía el almuerzo, el té o la cena. A veces yo no podía participar porque era para mayores.

Fueron pasando los años y heredé ese juego que hoy tengo en mi pequeño departamento, pero lo tuve que adaptar. Lo desarmé poniendo partes en distintos lugares de mi living. El espejo, cristal maravilloso, lo puse en la pared frente a la ventana de mi habitación, lo que me da la sensación de mayor amplitud. Dos repisas, que descansaban sobre el mármol, se transformaron en mesita donde guardo mi colección de campanitas de bronce, y el mueble grande, en el despensero con la mercadería que no uso todos los días.

Un verano disfruté este recuerdo familiar con mi sobrina nieta. Cada tarde que venía me pedía jugar al almacén y me vendía la mercadería, me cobraba y tenía que darme el

vuelto haciendo grandes cálculos mentales. Ella, ese año había terminado su primer grado. Sabía sumar y restar y los números hasta cien.

Fueron las compras más maravillosas y económicas de mi vida. Ella vendía y yo pagaba siempre con billetes imaginarios de cien y tenía que sacar la cuenta mentalmente para darme el vuelto correspondiente, y si compraba dos cosas tenía que sumar. Ella feliz y yo más todavía, pues fue el mueble-juguete que disfruté junto a la nueva generación de mi familia.



Comienzo mi relato presentando con orgullo este Cristo tallado por mi padre en el año 1942. Un trabajo realizado en sus horas libres.

El amó la tierra, el campo pero eso no le impidió realizar sus sueños, cantar -¡qué hermoso cantaba!- pintar... tallar siempre buscando maderas que él sabía eran apropiadas.

Y así lo recuerdo, cantando y tallando. ¡Qué alegría siento! Cuando acaricio ese Cristo, siento sus manos y veo su gran corazón dejándonos un legado maravilloso: el amor a la familia, al trabajo y a la vida. ¡Gracias papá!

Elisabeth Grossó
Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba



Motoneta modelo 56

Siendo joven faltó mi padre; por decisión de mis hermanos y como vivía con mi madre me compraron una motoneta. Fue una felicidad muy grande, con ella disfruté mi adolescencia, mi juventud, me llevó a tantos lugares como quise ir.

Con el tiempo formé mi familia y la disfrutamos. ¡Vaya uno a saber qué historias tuvo antes de llegar a mis manos! Después de 45 años de tenerla conmigo y de verla todos los días la conservo como en aquel entonces, es modelo 1956 o sea tiene 65 años de vida y está en perfecto estado.

Cuando salgo a la calle la gente la mira, la codician y, seguramente, mucho quisieran tenerla; sin embargo quedará como herencia de familia, ¡ojalá la quieran y cuiden tanto como yo!



Carretilla de metal

Rosana Barrera y José García

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Tres generaciones familiares le han dado uso... Te cuento, todo empezó a principios del siglo XX; según cuenta la historia, que me llegó a mí por mis padres, era de mi abuelo; con ella trabajó muy duro, como se hacía en aquella época de sol a sol.

Luego la heredó mi padre. Con ella juntó tierra, arena, leña, ¡y hasta ladrillos! Dio a luz una casa. Hizo primero una pieza, cocina y baño; la familia se fue agrandando y la fue ampliando, la siguió usando.

Hasta que un día quedó para mí: está igual después de tantos años, tal vez la generación que viene, la cuarta generación que la conserve como está aún. Ya no se usa como carga, sí como paseo o juegos para ellos, mis nietos: la carretilla.



Taco de billar transformado en bastón

Hernán Brambilla

Agrupación Folklórica Lazos de Amistad
Crespo, Entre Ríos

Mi bisabuelo Luis Di Franco, siciliano (Italia), arriba al puerto de Buenos Aires en el año 1907, teniendo siete años de edad.

Pasado el tiempo en Argentina contrae matrimonio con Doraliza González (hija de un español llegado a principios del Siglo XIX y una correntina de apellido Fontán). De ese matrimonio surgen tres hijos (José, mi abuela Nélida y Ángel).

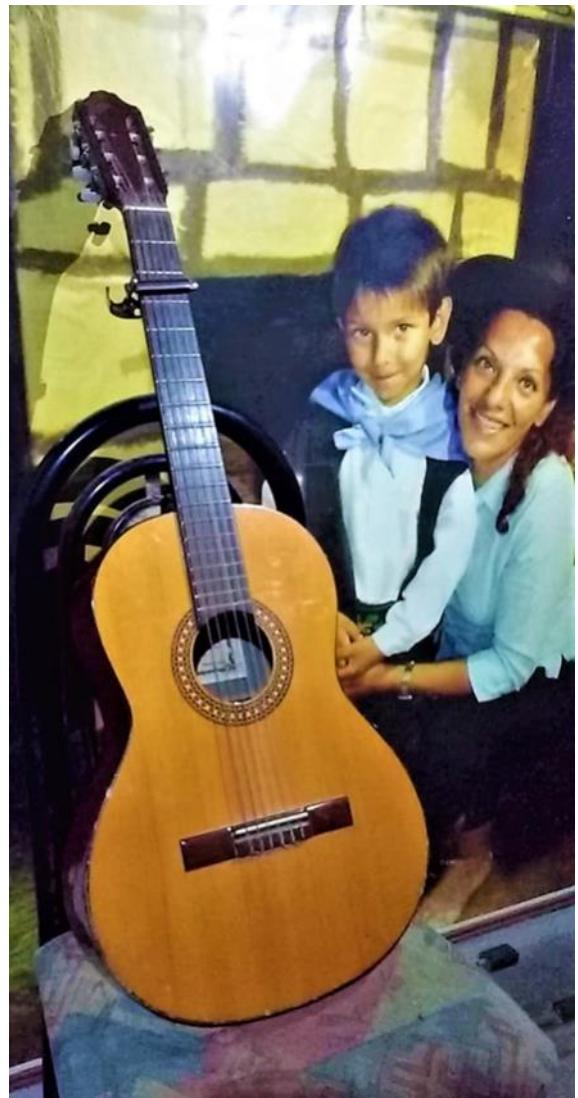
Don Luis junto a su esposa y aún su pequeño primer hijo José, resuelven emprender un negocio en la ciudad de Laborde (Córdoba); este se trataba de un cine-teatro y billar, que al sorprenderse de la concurrencia en su primera visita, sin dudar deciden comprarlo.

Al poco tiempo da cuentas que aquél próspero negocio había sido un engaño y los supuestos clientes que había observado en su llegada al pueblo, eran amigos del antiguo dueño que oficiaban de actores para crear la ilusión del negocio.

Después del inminente fracaso decide viajar a Rosario (Santa Fe) y luego a Victoria (Entre Ríos), donde emprende un negocio de comisionista, trasladando paquetes de una

ciudad a la otra. Corrían los años 30 y según contaba mi abuela, que ya en ese tiempo su papá le hablaba de que rondaba en el ambiente la idea de construir un puente para unir las dos provincias.

De aquel cine-teatro y billar sólo pudo salvar un piano (pianola) que funcionaba con rollos ubicados en su interior que permitían reproducir de forma automática la música para el cine mudo; y este taco de billar que transformara en bastón, compañía en su caminar diario en el ocaso de su vida.



Joan Magallanes

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

La Historia de Amor de mis padres nació a través de la música. En ese tiempo mi papá andaba buscando alguien quien le enseñara a tocar la guitarra, instrumento que le apasiona. Así es como conoce a mí tío, hermano de mi mamá, quien daba clases de guitarra.

Comienza a asistir a tales clases y así pasan varias clases de guitarra y entre toques y punteos, zambas y chacareras se conocieron. Y, entre mates y esperas de clases, nació el amor!

Ya han pasado 18 años de este inmenso amor que todo lo ha podido. De esta bella historia de amor nacimos Ángeles y yo... dos angelitos caídos del cielo ¡cómo le gusta llamarnos a mi mamá!



Tijera de modista

Mi bisabuela, Marta Salgán, nació en el año 1917 y se casó a los 16 años en 1933. En ese tiempo la sociedad vivía bajo un modelo patriarcal en el que las mujeres carecían de derechos y los pocos que tenían no siempre podían ejercerlos.

En este contexto mi bisabuela no tenía la posibilidad de tener un desarrollo e independencia económica que le permitiera tener la libertad de decidir su propio destino. Con los conocimientos y capacitación a los que pudo acceder, encontró la forma de volverse una persona independiente en la intimidad de su hogar.

Su madre le enseñó a leer y escribir pues había aprendido de unas maestras que la criaron. Además, su madre y sus muchas hermanas, le enseñaron a coser, bordar, tejer, cocinar, lavar... y con cada uno de estos aprendizajes Marta supo canalizar sus emprendimientos. Cosía, tejía, cocinaba y lavaba para los soldados del Regimiento 14 de Infantería en el que estaba alistado su esposo.

Lo que más le gustaba era coser, ser modista. Ella podía hasta confeccionar los moldes para adaptar los modelos a cada persona. No solo realizaba trabajos de costura para familiares sino también para otras personas conocidas del barrio. Con esto, ella lograba

tener un ingreso de dinero con el que compraba telas e hilo para seguir trabajando o hacerles la ropa a sus hijos. Y aunque no recordamos con precisión, sabemos que no faltó algún arreglo o confección para quien no podía pagarle.

Realizaba trabajos simples como arreglar una prenda o trabajos complejos como vestidos para bautismos, comunión, fiestas de 15, egresos y casamientos. Claro que también confeccionaba ropa de hombre.

Sus hijas no siguieron los pasos de su madre como modistas. Sin embargo, sí aprendieron de su ejemplo como emprendedora y de su valentía a enfrentar el mundo que la rodeaba.

En casa la recordamos y admiramos en particular al ver las fotos de algunos vestidos que hizo. Son increíbles y muy costosos para la época. No falta foto de un bautismo, una primera comunión o un casamiento en el que no podamos disfrutar de sus obras.

Toda una artista.

¡Ah! Y todo esto sin contar que mientras cosía podía contar hermosos cuentos que llenaban la imaginación de sus nietos que quedaban a su cuidado. Y ni que contar los mates dulces saborizados con cáscaras de naranja que cebaba... dicen que eran riquísimos.

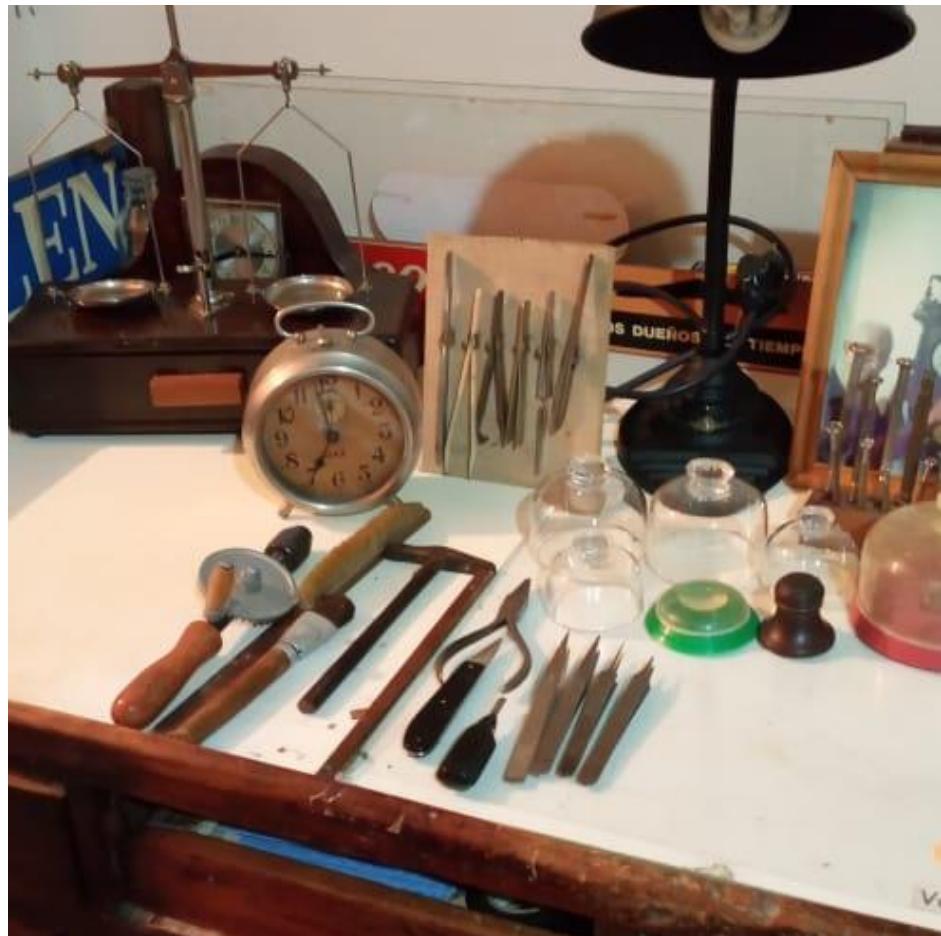
Aros con brillantes



Selena Girardi

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Estos aros se los regaló mi bisabuelo a mi bisabuela en un aniversario de casados, por el uso se rompieron y quedaron como recuerdo de herencia. Mi abuelo los llevó a una joyería para que los arreglaran y así mi abuela los pueda usar. Mi abuela dice que en un futuro esos aros quedarán como un recuerdo de familia para mí .



Mesa de relojería

La mesa de relojería: el hacedor de este mueble, un joven poco más de veinte años, oriundo de Coronel Moldes, Córdoba, emigra a localidades de la provincia de Santa Fe, con visión de un futuro laboral. Se radica en Chañar Ladeado y allí comienza esta historia que se remontan a mi niñez y la enaltece. Mi padre, de oficio relojero y joyero, solía pasar por las noches un tiempo en su taller si los compromisos se lo demandaban.

Un amplio salón a oscuras, sólo una lámpara sobre su mesa que iluminaba su rostro con lupa, su cuerpo inmóvil y sus manos precisas sujetando un reloj. La radio encendida en tono bajo y se oían los tangos del Glostora Tango Club, por Radio El Mundo. Ahí llegaba yo, con mi sillita de madera color rosa, parada a su lado, acompañándolo en silencio. No me asustaba la oscuridad ¡me gustaba tanto estar ahí! Sus herramientas eran mi entretenimiento, mientras mi madre le acercaba un mate.

Era imperdible para él oír los comentarios del periodista y escritor Juan Ferreyra Basso en su original “manera de ver el otro lado de las cosas”. Pasaron algunos años, yo ya adolescente, pero siempre había momentos para conversar; ya no parada en mi sillita sino sentada a su lado...y la mesa de trabajo siendo la receptora de sus consejos a mis inquietudes y confesiones de juventud.

Transcurrieron décadas, mi padre superando sus noventa años, continuaba su trabajo de vocación. Pero sus manos aún seguras de experiencia y relación paciente con los relojes, se veían temblorosas y sin fuerza para sostener las duras cuerdas de acero de relojes de pared; y así entendió que su misión había concluido.

La mesa de relojería que fue vida dentro de su vida, en donde millones de pequeñas piezas se desarmaban y armaban en sintonía, también caducaba en su servicio. Hoy, este mueble es el recuerdo más preciado y emotivo que conservo, porque simplemente, se convirtió en el libro de mi vida.



Magali Cepero

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

"Para mí la radio es mi vida", dice la abuela "Chola", mientras baja el volumen de su programa radial matutino. La acompaña desde 1950, amaneciendo en el campo junto a ella, y apagándola sólo cuando el sueño la vencía por las noches...

Relata con nostalgia las novelas radiales que deleitaban su imaginación mientras aseaba los grandes ambientes de su casa en la hastío de la soledad del campo; "Nazareno Cruz y el lobo", Ceferino Numuncurá, "el león de Francia..." se vislumbra cierto brillo en sus ojos al recordar. Todo era imaginación. "magia".

Esa magia que aun prefiere conservar y elije en sus días. Me conmueve ver con el amor que "Chola" de 88 años habla de La Radio, su compañera de vida.

Radio de madera



Cuadro de cazadores y perros

Desde que tengo memoria, recuerdo “el cuadro de los cazadores y los perros” (de niña así lo reconocía) que emperifollaba los diversos ambientes de las ocho mudanzas que mi abuela tiene en su haber. Actualmente destella en un sector del living comedor, imponente, imposible de omitir visualmente.

Mi abuela, llamada Blanca, a la que todos los nietos le decimos “nona” tiene un afecto especial por esta pintura. Blanca Carranza nacida el 11 de octubre de 1938 siempre estuvo vinculada al arte. Ella durante años fue maestra de la Escuela Técnica Mariquita Sánchez de Thompson. En la mencionada Institución dictaba clases de bordado, cerámica, artesanías y finalmente fue bibliotecaria.

Evoca el origen de la pintura con conmuelo y nostalgia, fue un cuadro realizado por dos alumnas entre los años 1959-1960 guiadas por la docente de Arte de dicha Institución. Relata que la impactó ese “cuadro de cacería”, en su interpretación de la obra son 13 perros y soldados de época en una persecución de zorros.

Esta obra de arte acompaña a mi abuela desde entonces, siendo un distintivo de los espacios en los cuales ha sido destacada. Sin firma de autoría, la misma teletransporta a

“nona” a capítulos bellísimos de su vida, en donde el proceso de enseñanza-aprendizaje le otorgó grandes tesoros en su ciclo; tesoros llamados amistad.

Claudia Bolatti
Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe



Hace muy poco tiempo ordenando encontré en cajones pertenecientes a mi abuela una tela de terciopelo bordada, está realizado a mano donde se observa dos banderas unidas, una de ellas es la de Argentina y la otra pertenece a Italia, entrecruzadas como dejando un sello marcado, confluendo historias.

Cada letra identifica a los nombres de quienes fueron mis abuelos, en rojo, simbolizando el amor que se tuvieron por muchos años. Decidí resguardarlo con un marco y un vidrio para que mis nietos sepan de sus raíces, su identidad.

Tela de terciopelo bordada

Mañanita tejida a dos agujas



Claudia Bolatti

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe

Su olor al pasado me transporta a cada mañana al despertar, abrigo infaltable quienes realizaban con sus propias manos. Me recuerda olores de desayunos en el campo de mis abuelos, aun tengo la imagen de mi abuela en camisón y su mañanita. Estuve por un tiempo enferma en mi cama, fue ahí donde mi abuela se encargó de enseñarme como tejer a dos agujas. Hoy, tejo para mi nieto y mi familiares.



Aros, pinches y rosarios sobre puntilla al crochet

Nostalgias al abrir alhajeros, ver los aros y el prendedor que eran de mi madre, pero pertenecían a mi abuela, con el detalle de la alpaca, los pinches que utilizaban para los peinados o camisas, en ocasiones especiales como los domingos de misa y los rosarios que nos acompañaban a la ceremonia. Todos los objetos están colocados sobre telas con puntillas realizadas por mi madre al crochet con una aguja especial, técnica que mi abuela le enseñó.



Radio de madera, década del 40

La historia de nuestra identidad está conformada por pequeños retazos guardados en la memoria. Recuerdos que pugnan por salir a la luz, como el que brindó esta antigua radio de fines de los años '40. Detrás del instrumento aparece la imagen de mi nono Celestino Bridarolli, enfundado en su habitual pantalón con tiradores.

Si bien después de investigar sobre su procedencia, descubrí que no la había traído mi nono, sino que provenía de mi familia paterna. Sin embargo siempre la consideré como parte integral de su vida, por su avidez de conocimientos y su permanente asombro ante las novedades.

Su espíritu reconoció que entrábamos en una época de continuas innovaciones, que ponía a su disposición la voz que surgía de las entrañas de la radio, llenaba sus expectativas culturales y lo emocionaba. Lo convertía en protagonista auditivo del asombro, como le ocurrió en una oportunidad cuando, en una supuesta tarde de domingo, le dijo a mi primo Carlos que acercara su oído para que escuchara a los Niños Cantores de Viena, tan caro por esos días.

Mi padre, según fuentes orales, había llevado la radio del hotel Italia, propiedad de la familia Bordese, al hogar donde convivíamos con mis abuelos maternos. Era una radio de procedencia extranjera (Broadcasting, que monopolizaba el mundo radial en Inglaterra). Era increíble ver como el abuelo controlaba el dial y reconocía las noticias de onda corta, una costumbre que enojaba a mi padre.

Mientras el ámbito de las noticias y la cultura eran patrimonio de don Celestino, el ambiente del deporte, en especial del fútbol era dominio de mi papa Luis. A un costadito mi abuela Mercedes pululaba por el espacio de los radioteatros, donde se escuchaba la voz de Cesar Córdoba en el conde de Montecristo o el León de Francia, que hizo representaciones en la Sociedad Austriaca de Sampacho, Córdoba.

La radiofonía conformó un espacio vital para comprender la situación y realidad de ambas familias, para ello fue esencial realizar una breve mención de la identidad socio cultural de las partes y su incidencia en el contexto del país. Las aficiones, motivaciones e inspiraciones de las partes configuraron las expectativas de las familias en sus realidades culturales y actividades habituales. De la conjunción de los dos grupos migratorios surgieron valores que se entremezclaron con las costumbres argentinas.

Sofía Blenda

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Desde siempre, regalar una joya a una mujer simboliza una muestra de amor y compromiso, es algo valioso y perdurable en el tiempo.

Me siento orgullosa de llevar en mi cuello aquel collar que era de mi bisabuela, María Efigenia, y ha pasado en varias generaciones hasta llegar a mis manos, es un símbolo de permanencia, fuerza y estabilidad muypreciado en todos los sentidos para mi familia.

Me hace sentir realmente cuidada y acompañada por todas las personas que me quieren, como en mi hogar. Con un dije de corazón representa amor, afecto y cariño incondicional.



Collar con dije de corazón

David Canavessio

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Recuerdo que en un cajón del ropero de mis abuelos estaba guardada la armónica de mi “nono” Mabel. Era una cajita pequeña pero que, perdida entre las ropas, encerraba para mi niñez un absoluto misterio y se elevaba casi al nivel de un tesoro escondido.

Mi abuela, brava ella, me tenía prohibido tocarla. Así, guardadita ahí en el cajón, la armónica del abuelo se convirtió en una reliquia familiar. Puedo imaginarlo a mi nono en sus épocas de empleado ferroviario improvisando melodías con su armónica para ganarle al frío y a los tiempos largos del andén.

Bajo el techo de chapa el abuelo se convertía en el “showman” de la casa con su música, en tiempos donde, sin Netflix ni Instagram, un par de canciones en la armónica eran el entretenimiento familiar para un sábado por la noche.

Así, de ayer a hoy y con tanta vida en medio, el día que faltaron mis abuelos me fui de rechito a aquel ropero, abrí el cajón y tomé la cajita; la armónica finalmente era mía. Herencia del nono, reliquia que me conecta con aquellos lejanos pero nítidos recuerdos de la niñez, con el aroma de la casa de mis abuelos, con los juegos al sol, con esta misteriosa y maravillosa rueda que es la vida.



Armónica “The Horner Band”



Abanico pericón de tela

Estaba en una mesa entre muchos objetos, que seguramente llamaban más la atención por su valor histórico, artístico y/o estético. Pero no escapó a la mirada selectiva de esa jovencita de alrededor de 12 años, que se sentía como Alicia en el país de las maravillas.

Era la década del 70 y entramos a una casa de antigüedades, del emblemático barrio de San Telmo, tres generaciones, mi abuela Lucía, mi mama Suhad y yo. Un abanico grande (pericón, le dicen) de tela, con el frente estampado, las telas de frente y de atrás descosidas y deshilachadas, se encontraba en exhibición.

Cuando mi abuela advirtió mi interés, se acercó, casi indiferente al objeto, y preguntó a la dueña del lugar el valor del mismo. Ella lo ensalzó como valioso por su historia, no su aspecto.

Un garabato (o firma entre las telas abiertas), aseguraba era la prueba de que había pertenecido a Antonia Mercè "La Argentina", referente de la danza española a nivel internacional, quien debía su apelativo al hecho de haber nacido en Buenos Aires en una de las tantas giras que las compañías españolas hacían a América en ese incesante ida y

vuelta con la península, y la trajeron varias veces como artista consagrada. O sea que podíamos ubicarlo alrededor de 1920. Y solo la presunción de que fuera real la historia, nos aseguró que debía ser nuestro.

Lucía por vivir en Buenos Aires, asistía a cuanto espectáculo de español se anunciara en teatros, mesones y tablaos en especial en Avenida de Mayo, la "gran vía" porteña, a los que asistíamos cuando estábamos de visita. Gusto por lo español que vaya a saber por dónde vino, y que no me llegó por ella, ya que solo compartimos algunas vacaciones de invierno por los kilómetros que nos separaban.

Al fin salimos las tres generaciones, felices con nuestro abanico, que gracias a Lucía que lo compró, a Suhad que lo restauró, con su proverbial habilidad natural, forma parte desde hace mas de 50 años del vestuario de la actividad que ya tenía, pero que marcaría hasta el presente mi vida, la interpretación de la danza, la poesía y el teatro español.

Entrelazando, la historia del abanico, la de las mujeres que marcaron mi vida , un ícono como la Argentina, y las de mi familia, quienes transitaron y habitaron, mi historia, mi camino y mis afectos.



Cofrecito de plata

Elisabet Girardi

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Cofrecito de plata muy quietito, orgulloso siempre sobre la mesita de luz, me muestra el ayer para disfrutar el hoy y siempre. Cofrecito parecido a un baúl muy pequeño de plata cuyo oficio fue un alhajero, en él, ¡llegaron las alianzas matrimoniales de Ricardo Julio y Catalina, mis padres!

Hace ya ochenta años, mi imaginación me lleva a observarlo, acariciarlo e imaginarme como se habrá visto en ese momento cuando se lo entregaron a mis padres, con que emoción, alegría y ansiedad lo habrán llevado al altar para abrir su tapita retirar las alianzas y colocárselas en sus dedos para siempre.

Permaneció con ellos en un lugar privilegiado y a la vista, cobijando distintas pequeñas pertenencias de mi madre ,pasando luego a mi custodia donde también le di un lugar con privilegio solo guardando dentro, todos los recuerdos e historias de tantos años.

Celeste Gallardo

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

El objeto elegido es una plancha a carbón que pasó de generación en generación, pertenecía a mi bisabuela Josefa por parte de mi papá en los años 1935 a 1945.

Por las tardes ella planchaba y cantaba, se dejaba llevar a través del compás de la música que hasta se le quemaba la ropa.

Conectaba su amor por planchar y por cantar que se sentía libre, como un pájaro posando sobre una rama. Transmitiendo la fortaleza de seguir adelante y abriéndose al mundo para aquel que sintiera lo mismo que ella.



Plancha a carbón



Stella Méndez

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe

Las tazas de porcelana que ha traído mi abuela desde España considero que deben datar de 1890, las utilizaba solo en momentos de reuniones muy importantes, para mí es una verdadera reliquia que guarda muchas anécdotas; charlas, complicidades, historias fluían muchas risas y en algunas oportunidades también brotaba alguna que otra lágrima de algunos rostros.





Alianza de casamiento

Susana Ríos

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Esta alianza es la del casamiento de mí Nona María, tiene más de 85 años, la he heredado yo, mucha alegría cuando mi mamá me la dio porque representa para mí la hermosa unión de mis nonos María y Carlos, ejemplo de trabajo y lucha. Mi nona era una mujer fuerte y muy dulce, pero nunca fue sumisa. Ella siempre a la par de nono, en el trabajo y en las decisiones, todo se hablaba y se consensuaba.

Comenzaron sin nada alquilando un campo y lograron con los años trabajando muy duro comprar un campito, codo a codo, trabajando de a dos. Tuvieron cuatro hijas y a ellas siempre le inculcaron la cultura de trabajo y del estudio. Con mucho sacrificio las enviaron a estudiar a la ciudad, dos de ellas se recibieron de docentes y otra profesora de matemática y física.

A los nietos nos dieron una infancia espectacular, el campo de ellos siempre fue el símbolo de encuentro familiar, de juegos entre primos, navidades, años nuevos y vacaciones.

Cuando miro las alianzas se me representa el amor, la unión y el compañerismo, su metal es oro al igual que ellos, unos nonos de oro y lo pongo en presente.



Susana Zbinden

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe

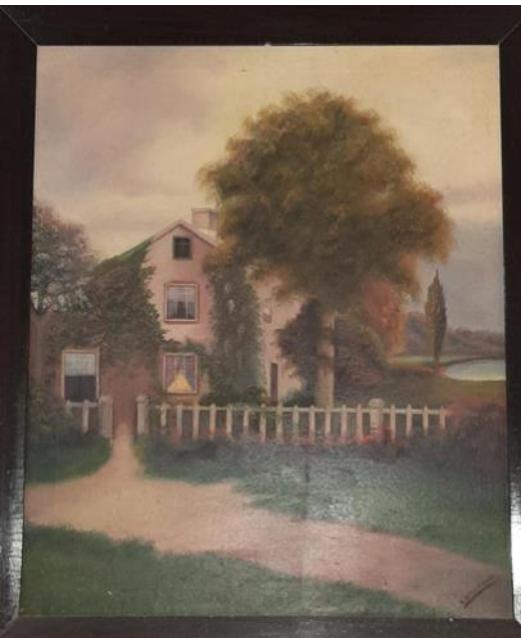
Los relojes de bolsillo fueron, en su momento, un epitome de la elegancia, que podía exudar abundancia y encanto reservados, dando a su portador una forma de distinción. Este pertenecía a mi abuelo, siempre lo recuerdo elegante, considero que puede ser de 1800, aproximadamente, y nosotros le pedíamos que nos dijera la hora para ver su reloj que nos encantaba; siempre respondía con alteza, diciendo: las 18 horas en punto.

Toda obra de arte es un ser con vida. Parte de la oscuridad total y nace en el momento que el artista tiene una diminuta idea en mente, la cual poco a poco ordena y nutre con sus experiencias y deseos. Quizá tarde mucho tiempo en dibujar el primer trazo, porque en el fondo su creador sabe que pintar es como dar a luz a un espíritu independiente, una esencia paralela que deberá proteger el resto de su vida.

Por eso conservo esta pintura que me ha acompañado desde mi infancia en los diferentes hogares, y hoy sigue acompañando mi historia. Es parte de mi querido pueblo llamado

Carlos Pellegrini, ubicado en el Centro Oeste Santafesino que antiguamente se llamaba Colonia Los Algarrobos.

Pasar a su lado cada día es volver a mi remembranza de aquella niña que corría por la casa.



Pintura de Carlos Pellegrini



Pañuelo de instrucción de rifle

Matías E. Rovere

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Pañuelo de instrucción de rifle del ejército antiguo que data antes de la Primera Guerra Mundial. Enseña el cuidado y funcionamiento del rifle italiano Vetterli-Vitali modelo 1870-1887 e ilustra la escuela básica del soldado y las filas militares italianas de la época.

El pañuelo. Elemento que enlaza contrastantes momentos, historias, sentimientos y decisiones de vida. Unifica una época que evidencia estructuras familiares y pautas sociales atravesadas por una guerra, e impulsa la búsqueda de una vida prometedora, que deje atrás el sentimiento de desazón, un nuevo camino...

Perteneció a Giovanni mí tatarabuelo. Lo encontró mí abuelo Jorge dentro de un tarro haciendo limpieza en un galpón. Cuenta la historia familiar que Giovanni fue entrenado como traumatólogo, enfermero o primeros y "únicos" auxilios para la guerra de la independencia de Italia (contra Austria).

Cuando regresó del campo de batalla encontró su familia en la pobreza y desolación, un hermano caído en acción con honores, el padre fallecido y su joven novia entregada en matrimonio a un hombre mayor de mejor posición. Tanta indignación y decepción sintió

que abandonó Italia en el primer barco que zarpó rumbo a América y nunca más regresó.

En Argentina fue agricultor, se casó con otra italiana con quien tuvo 8 hijos, uno de los cuales fue mi bisabuelo Luis. Por aquellos años eran muy pocos los médicos con que contaba la ciudad y él se había hecho famoso como "compositor de huesos". La gente lo visitaba por sus curaciones y solían mandarle un taxi hasta el campo, que estaba a unos 25 km, para que viniera a entabillar o curar algún fracturado. Dicen que nunca cobró por sus servicios pero agradecía muy gustoso si le regalaban una botella de fernet o vino garnacha dulce. ¡Tano al fin!

Cucharas y bombillas de alpaca



Adela Idiart

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe

Recuerdo las largas mesas, de reuniones familiares donde la abuela Amable Bearzzotti de Redolfi cuidadosamente preparaba la mesa como una exposición, la cubertería antigua en el lugar correcto. Parece hoy ver cruzar las fuentes de una punta a la otra y sin duda decoraban los centros de la mesas. En ocasiones ponían la vinagrera y aceitera de vidrio y alpaca para condimentar los alimentos.

Además guardo con mucha nostalgia las bombillas de alpaca que usaba mi abuela para acompañar los mates de la mañana o de aquellas tardes que uno comenzaba a merendar y no sabía cuando terminaba de cebar, y claramente el gustito personal que recuerdo con mucha emoción.



Aceitera y vinagrera de vidrio y alpaca



Adela Idiart

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe

Mi abuela tenía cofrecitos que me gustaban mucho. Uno era de alpaca, recuerdo ver colocar sus alhajas que cuidaba con mucha delicadeza.

El de madera es especial ya que me lo regalaron para mis quince años, mi felicidad fue tan grande que hasta el día de hoy recuerdo ese momento, guardé todos los presentes y aquellas cosas que para mi eran importante.



Cofrecito de madera tallada



Cuadro de escuditos sobre paño

Adriana Miriam Galfré
Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Mi papá era un tipo que no tiraba nada. Le encantaba guardar papeles, fotos, tornillos, arandelas, partes de cosas, radios viejas, una vitrola y sus discos de pasta.... pero también estampillas, banderines o cuanta cosa le daban en los eventos deportivos donde participaba integrando delegaciones como el "profe" de Educación Física. Entre todos sus tesoros se encuentran los "escuditos" como él le decía.

Primero los puso en una caja, después en un paño que desplegaba frente a los interesados y por último, eligió los que más le gustaban y los encuadró. Su colección contiene pins de lugares, partidos políticos, instituciones, aeronáutica, eventos deportivos (como el mundial 78), empresas y productos.

Los escuditos en la pared eran la excusa para la anécdota o el chiste... esa que a mi padre, nunca le faltaba. A veces parecía esperar agazapado a algún curioso interesado por descubrir y hacer amigos. Ahora que ya no está, quedan unos cuantos en una lata esperando a quien continúe la colección.

Arsenia Ceballos

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe

Las lámparas de queroseno, también conocidas como de parafina, fueron muy útiles en tiempos en que aún no se disponía de energía eléctrica, especialmente en zonas rurales.

Vivía en el campo y con esa luz cosíamos, leíamos historias. Cuando por la noche hacía dormir a mis hijos me ponía a tejer.



Valija antigua de tela y cartón, de esas que te imaginas que alguien apoya en un andén mientras a lo lejos llega el tren a vapor, es tal cual esa imagen fotográfica. La abuela de mi suegra viajaba casi siempre esperando ansiosos los fin de semana largos para ir a una localidad llamada el Fortín de la provincia de Córdoba, felices añoraban sus paseos, en familia, creo que data de 1900, recuerdo como si fuese hoy las anécdotas de viajeros que siempre eran momento de prestar el oído con mucha atención, que con tanta pasión contaba y podíamos visualizar las diferentes ocasiones que ellos vivían.





Medalla de oro y cruz de guerra

En cada familia, se guardan recuerdos, que en realidad son momentos vividos, y en muchos casos esos recuerdos se relacionan con objetos; ya sea porque esos objetos nos llevan a bucear en la memoria hacia ese instante o porque llega a la mano de alguien de la familia y con ese objeto puede intentar recrear ese recuerdo.

En mi caso personal, y en este día tan especial, elegí objetos que tienen que ver con recuerdos de mis dos amados nonos paternos. En su historia personal, en tiempos difíciles de hambre y guerra, emigraron hacia América en el siglo pasado; al límite de sus fuerzas, pero con la convicción de conseguir una vida mejor y con decisión y firmeza, dejaron su país y su familia, para hacer patria en Argentina, con los argentinos que aquí vivían.

La cruz de guerra y la medalla de oro, en honor a su entrega a la defensa de su país Italia. Giuseppe Marcantoni- gracias-, y Luiggia Campitelli, ella nunca más vio su familia, y la cadena de oro, que mi abuelo le regaló el día de la boda, cuando retornó a buscarla después de dos años, y decidieron que Argentina sería su país por adopción y aquí formaron su familia.

Hoy después de casi 100 años, en el mismo lugar de donde ellos dejaron el nido vacío, mi hijo formó su familia y llegará en un mes Estrella, mi nieta, y esta cadena volverá a esa tierra, como ofrenda; y dos almas están volviendo a habitar el mismo lugar físico. Esa rueda que gira en la vida, en un plan divino que no conocemos. Gracias por el pedido que me transportó a distintos momentos, tiempos, en este universo infinito al que pertenecemos.



Cadenita de oro



Máquina de afeitar manual

Sin duda, es el rey de los cuidados masculinos, porque proporciona una placentera sensación relajante. Durante algunos minutos, el hombre está frente al espejo, a solas. Sin prisas, sin presiones, sin estrés. Es el tiempo de relajarse y prestarse atención. Disfruta de cada paso con atención y esmero, oyendo el sonido del corte de la barba. El resultado final es una afeitada impecable, aunque el beneficio mayor lo constituye una incomparable sensación de limpieza. Es todo un recuerdo y acontecimiento en diferentes hogares (1942), sigo recordando la publicidad que decía: “si quiere que ella lo quiera use legión extranjera”.



Crucifijo de madera

Gonzalo Pereyra

Asociación Folklórica Estampas Norteñas
Pirané, Formosa

Desde chico cuando iba a la casa de mi bisabuela tenía intriga por todo lo que ahí había. Entre tantas cosas una en particular que siempre llama mi atención, era ese crucifijo que estaba en su cajita con puerta de vidrio en la esquina de la habitación al cual mi bisabuela rezaba todos los días.

Un día la curiosidad me ganó y entre tantas conversaciones que teníamos le pregunté sobre el crucifijo y por supuesto, le siguió una historia como solo ella puede contar. Resulta que ese crucifijo que está en la familia hace casi 200 años, perteneció a la tatarabuela de mi bisabuela y fue pasando de generación en generación hasta estar hoy en la casa de ella.

Este objeto tan significativo, cuenta con la particularidad de tener un angelito a un costado, el cuál dice la historia que en el momento cuando Jesús es atravesado por la lanza del soldado romano, su sangre nunca cayó al suelo porque el angelito juntó su sangre en el cáliz. Esa particularidad que lo hace único, un detalle que no he visto en ningún otro lado, saber su historia y el significado que este crucifijo tiene para la familia y para mi bisabuela, es lo que hace que lo aprecie aún más.



Paisaje en botella

Corría el año 1953 y mi nona Angelina cruzaba el mar una vez más. Está vez para regresar a Argentina dónde se había radicado con su familia hacía casi dos décadas. En su valija guardaba el regalo hecho por Don Lanza para su compadre el nono Humberto.

Éramos muy pequeños cuando la botella en el living de mí abuela nos invitaba a imaginar el paisaje de aquella Génova que alguna vez recorrieron y mirar atentamente el crucero ¿Se habrá parecido al barco en que trabajaba mí bisabuelo? "Me quedaron muchas cosas guardadas que no supe preguntar en su momento" dice mi abuela, cuando preguntamos sobre ellos, y le rueda un lagrimón. Yo miro la escena fijamente ¿acaso el tren se movió? Vuelvo a acercarme... casi me parece oler el mar y escuchar las olas romper en la popa, si quitara el lacre... tal vez pueda escuchar los susurros de añoranzas acorazadas, de sueños rescrebrajados, de perfumes y amores viejos, de palabras no dichas y abrazos robados por la distancia.

El tren escapa a través de las pintorescas casitas, los veleros se alejan y los navíos orientan sus velas. La escena permanece inmutable a través del tiempo, como una promesa desde la otra orilla.

María Natalia García

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Este prendedor era de mi abuela paterna María, debe tener más de 50 años, es de plata y tiene sus iniciales, que casualmente son las mías.

Estaba en una cajita en un ropero y lo encontré hace unos años. Se lo regaló Chela, que no se quieé es, pues nadie de su gran familia se nombra así.

Este prendedor me acompañó en muchos escenarios de Argentina, Latinoamérica y Europa y estuvo conmigo cuando bailamos en el 50 Festival de Folklore de Cosquín (2010).



Prendedor de plata



Graciela Toledo

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe

Es una plancha muy parecida a la moderna, pero con la diferencia de que viene con un hueco interior, que contiene carbón humeante que sirve para mantener la plancha a su temperatura. Mis abuelas preparaban el carbón en el brasero para colocarlo dentro, recuerdo las grandes sábanas bordadas blancas después de un excelente lavado a mano, pasaban la plancha para sacar hasta la última arruga. Almidonaban manteles, carpetas tejidas de hilos, caminos de mesa entre otras prendas.

El jarro, con pico vertedero con un asa grande y levantada, usado para lavarse las manos sobre un recipiente o vasija ancha y poco profunda similar a una palangana. Era el servicio para higiene personal. En mi hogar lo utilizaba mi madre para mi aseo. Y hoy sigue cumpliendo la misma función, primero lo utilicé para mis hijos y por consiguiente ahora el primer baño de cada nieto sigo haciéndolo.





Muñeca con vestido tejido

Graciela Borinelli

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Érase una vez un pequeña aguja de crochet que viajó desde Inglaterra a España para llegar a las manos de mi bisabuela materna, la abuelita Paca, sin que ella pudiera sospechar ese día que tan coqueta aguja sería capaz de tejer hilos de recuerdos, redes de tiernos abrazos, ecos de rezos y de palabras mágicas que abren las puertas de la niñez y nos dejan deslizar por el tobogán de los tiempos, invita a jugar a la sonrisa dormida y también teje escaleras a través de las cuales trepan las estrellas para transformar el cielo de las noches sin luz.

Cuando era joven mi abuelita, quedó viuda con sus cuatro hijos y pasado un tiempo debió vender todo y venir con sus hijos a América, el destino los llevó hacia una colonia de españoles próxima a la ciudad de Mendoza.

Mis recuerdos son de cuando ya tenía más de 80 años; continuaba con su labor de parte que no se limitaba al momento del parto, cuando era necesario proveía de alimentos, ropa para el bebé y asistencia. En algún momento la aguja pasó a las manos de mi profundamente amada abuela Antonia (primero mi abuela y luego mi abuela y mamá). Mi abuela Antonia era generosa, creativa y, resiliente como su madre, tenía la sabiduría de

transformar todo lo que llegaba a sus manos y encontrarle un nuevo dueño, los pedacitos de tela y los ovillos de hilo o lana se transformaban en pañuelitos, delantales, puntillas al crochet, zoquetes para dormir; con solo cambiar unas hebras blancas por otras de color transformaba una bolsa de harina en un lindo mantel; decía “manos que no dais, que esperáis” y daba sin esperar.

Entre tantas cosas que me enseñó, recuerdo que yo era bastante chica el día en que comenzaron las lecciones de crochet... ella tomó una hebra de color de no más de metro y medio de largo e iniciamos la labor... tejímos y destejímos, primero las cadenitas, luego el medio punto y después lo más difícil: lograr tejer un cuadradito, eso llevó mucho tiempo, yo en pocas hiladas ya lograba un perfecto triángulo... paciencia y ternura la de ella, entusiasmo el mío, finalmente logré tejer un cuadrado.

Y así llegó el día en que mi abuela me regaló la aguja heredada de su mamá. En una de nuestras tardes de charlas mates y tejidos me contó que le gustaban mucho las muñecas y que nunca había tenido una, fue por eso que a los 67 años recibió de regalo su primera muñeca de manos de su nieta de 13 con un vestidito azul que tejí al crochet con la aguja de mi bisabuela y fui feliz de ver a mi abuela feliz.

Olga Malisani

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe

Mesa de luz antigua con mármol año 1930 aproximadamente.

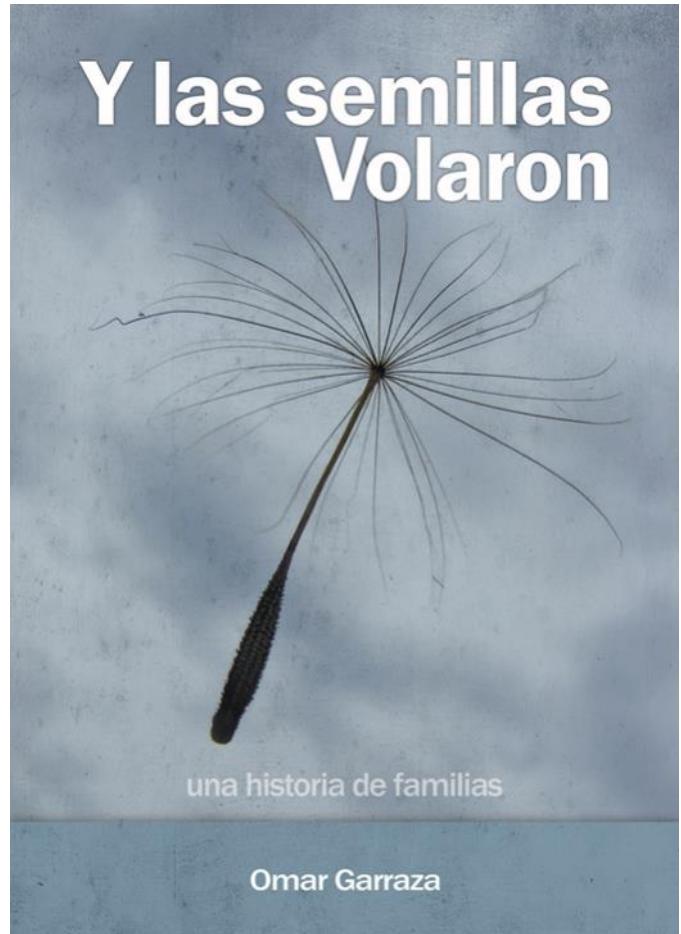
Pertenecía a mi abuela, y consideré importante tener como recuerdo porque sus palabras resuenan desde que era pequeña.

Las mesitas de noche no deben faltar. Lo mejor es que tengan espacio suficiente para colocar libros, lentes, un vaso de agua y una lámpara.

Me acompaña desde que la heredé y la cuido con mucho cariño.



Mesa de luz de madera con mármol



Libro "Y las semillas volaron"

Ailén Ferreira Garraza
Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Y las semillas volaron... es el legado que le deja mi abuelo Omar a mi familia. En este libro rebalsan deseos de llenarnos de historia, de identidad, y de algo muy particular que caracteriza a mi abuelo, las ganas de vivir ante cualquier tropezón y desafío al que nos enfrenta la vida. Mi abuelo comienza a escribir este libro con las historias de su familia, a muchas de ellas las conocíamos porque le encantaba compartir y hacernos sentir el cariño que él le tenía a su abuela, su madre, hermanos, primos, amigos... Un poco de la historia comienza con su abuela italiana, viniendo a trabajar a unas quintas en Río Cuarto, Córdoba; lugar en el que no casualmente terminamos viviendo uno de sus hijos, su hija, nietos, nietas, sobrinos y sobrinas.

Cuando yo tenía cinco años él sufre un ACV que lo deja sin movilidad en su brazo derecho y su pierna izquierda. Después de unos años, comienza a escribir de nuevo en este libro... y a partir de allí, ese libro para mí se resignifica. Se convierte en un deseo de dejar su huella a través de su mirada de la vida y de su historia. Escribe atravesando muchas dificultades para escribir, aprende de nuevo, y escribe con su mano izquierda, aprende a usar una computadora, descubre el internet a sus setenta y pico de años.. y en

ese proceso aparece mi recuerdo, cuando le enseñaba a usar un procesador de texto, cuando corregíamos la ortografía, cuando el libro que estaba escribiendo se hizo comentario frecuente con sus viejos amigos y familia, por lo que vuelven a revivirse en el recuerdo más momentos de su transitar en esta vida. El proceso de escritura de este libro nos involucra familiarmente, averiguando donde editarlo, incentivándolo a que lo termine, almuerzos de emoción por lo que ya había plasmado, en él que sin conocer a muchos de los partícipes de esa historia, como nieta ya los quería como si los hubiera conocido...

Finalmente lo termina, lo comparte, y lo celebramos, lo celebro, lo siento parte de mi identidad. Luego de unos años nos deja por estos planos de la vida, pero queda en un recuerdo viviente, en esas palabras que tienen historia, pero que también son palabras que están impregnadas de mi historia con él.

Al poco tiempo del lanzamiento se agotó, y mi abuelo junto a mi papá lo publicaron en la web para leerlo libremente con el objetivo de que la historia se siga compartiendo. Te invito a leer el libro accediendo al siguiente link: <http://lassemillasvolaron.blogspot.com/>



Lidia Rodríguez

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe

Estos elementos pertenecen a la casa que vivía en el campo, con el lecherito recuerdo cruzarme de unos vecinos tamberos a buscar la leche fresquita, recuerdo los desayunos con pan casero realizados en los horno a leña. El farol a kerosene con lo que nos alumbrábamos en las noches.



Imagen: Rivarola, Yanina

Ventanal de la casona

Grupo Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Un gran rompecabezas multicolor a través del cual siempre se puede ver un rostro querido, un lapacho en flor, el trabajo mancomunado de un grupo de gente que cree en lo que hace y lo hace, además, con mucho amor. Pero el ventanal -como la casona, como su gente- también es arte, danza y movimiento.

Espacio que como un caleidoscopio nos devuelve una mirada diferente de nosotros mismos: siendo otros, verdaderos nosotros, entregándonos al movimiento, a la creación, a lo colectivo e imaginario. Principal testigo de momentos en que nacen nuestros gestos y palabras.

Lo nuevo, lo viejo, lo grande, lo pequeño en convivencia y no sin esfuerzo, se acomodaron y encontraron su lugar. Lo particular quedó atrás para trascender como conjunto y dar testimonio material del valor de lo grupal -esencia en nuestros cuerpos en movimiento-.

Protagonista y espectador del trascendente ritual que destella amor, esfuerzo, risas y lágrimas cada vez que anhelamos “decir” con la danza. Sus vidrios coloridos se tiñen de otros mundos posibles, cercanos y mejores. No solo refleja, es partícipe necesario de nuestra historia, nos ve crecer como individuos y familia.

Él con su luz alumbría y seguirá alumbrando a las generaciones venideras, luz de mil colores transformadora de vidas, brindando luz de esperanza y dándole fin a la oscuridad. Esa posibilidad de abrir, expandir/nos, transmutar y compartir algo que es tan nuestro, tan esencia, tan hogar. ¿Qué sería de nosotros sin ese portal?



Mirtha Navarro de Meloni
Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Entre las cosas que recuerdo con cariño y nostalgia, es este hermoso mueble, que es un tocadiscos. Fue una compra de mi padre pedido por la familia. Desde ese momento mi casa se llenó de canciones, notas, músicas y noticias de la radio.

Me acompañó en mis primeros pasos de baile, en las fiestas con amigas y en mis 15 años tan esperados y felices. Pasó el tiempo y otra etapa de mi vida llegó así como también para él, un nuevo hogar, con risas de niños para mí y nuevas canciones rítmicas para él.

El tiempo no se detiene y todo pasa. Ahora, ocupa un lugar con nuevas caras, en casa de mi hija con el mismo cariño y cuidado de siempre. Por todo eso, vivirá en mis pensamientos y corazón eternamente.



Fort T 1925/26

“Henry” es hoy el protagonista de esta historia, un Fort T 1925/26 restaurado por el abuelo Carl (Carlos G. Halle) con sus casi ya 90 años, apoyado por su eterna compañera de vida la abuela Tita (M. Esther V. Lernoud), la directora técnica y ayudante como él la llama.

No se puede creer el estado en que se encontraba este Fort T en sus inicios, abandonado entre las malezas y la basura, en una destrucción total. Al ser recatado por su restaurador, nuestro abuelo, es donde se hace la magia, solo él sería capaz de lograrlo. Horas de trabajo y dedicación, sus manos de artista y su capacidad para decidir cada paso a seguir fueron dando forma a esta obra de arte.

Este es nuestro gran legado familiar, porque nos reúne con el relato de sus historias, nos enseña a no darnos por vencidos, frente a la búsqueda incansable de alguna pieza difícil, nos demuestra como todo se puede sin importar la edad o el tiempo, cuando se pasa las horas puliendo cada detalle... sabiduría, paciencia, esmero, pasión... un legado que nos llena de orgullo y del cual tenemos tanto que aprender, y lo mejor de todo es que seguro ya vislumbra un nuevo desafío... y nosotros expectantes para seguir disfrutando, para seguir aprendiendo.



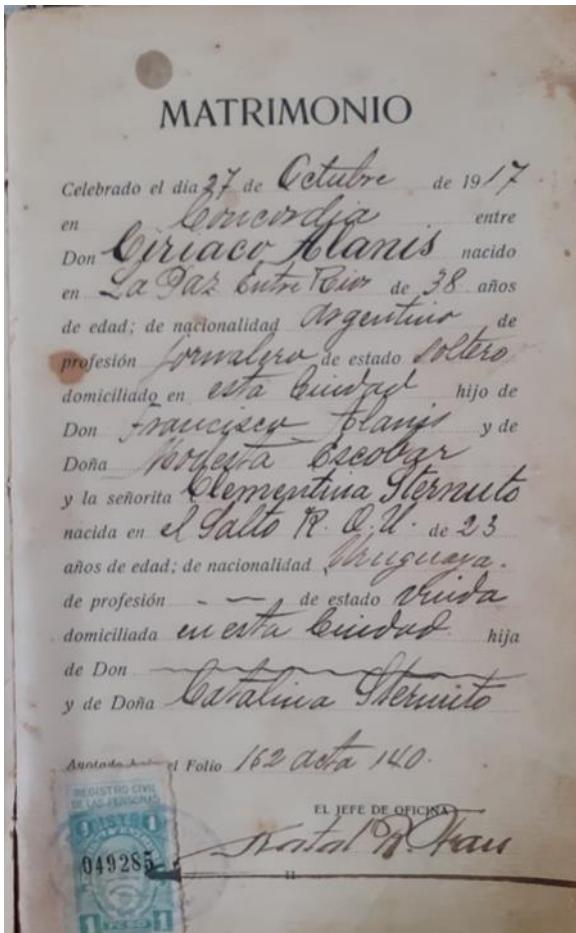
Máquina de coser con mesa

Leticia Córdoba
Escuela Municipal de Danzas
Adelia María, Córdoba

Tiene 40 años y perteneció a mi madre, Angelina Bustos de Córdoba. Me parece verla cosiendo y arreglando la ropa de toda la familia. Éramos 9 hermanos... ¡si habrá tenido trabajo! Largas tardes sentada con la pila de telas, ropas, costurero y su máquina de coser.

Disfrutaba de ese trabajo, tal es así que en el año 1973, cuando se formó un “Centro Misional” en el Barrio Norte de mi pueblo, enseñó costura a un grupo de mujeres que asistía.

Primero lo hizo con una máquina marca “Godeco”, y luego compró la “Ofreda”, que es la que se conserva impecable hasta el día de hoy en la casa de una de sus nietas. Lindo recuerdo impregnado de nostalgia.



Libreta de matrimonio

Me perdía una y otra vez en los ojos claros de mi abuela Clementina. Crujir de leña en su cocina, con tibieza de amor, nos preparaba el desayuno con la leche recién ordeñada y pan con miel. Retacona, de tranco pequeño, compartía su hogar humilde e inmenso en detalles de cariño.

Mi abuela Clementina Sternuto vino de Italia en el vientre de su madre Catalina, nació en 1894 en El Salto, Uruguay. A sus veinte años se casó, y de ese lazo nació su primera hija. Quedó viuda cuando la nena tenía dos años, y decidió venirse a la Argentina, donde se conoce con mi abuelo Ciriaco Alanis, se casan en 1917 y tienen ocho hijos.

Su casa eran dos ranchos de barro, uno para dormitorios y otro la cocina, donde nos preparaba a mí y mis tres primos, fideos mostacholes, que a mano formaba con ayuda de un palito y servía con pollo.

Reencontrarme con su libreta de casamiento, es el modo de atesorar el recuerdo del viaje en tren, para pasar las vacaciones en su inmenso patio, entre sus brazos, en encuentro con su mirada, en su cocina incesante de aromas, sabores y quereres. Me devuelve a la infancia, con emoción y añoranza.



Muñeco de yeso y trapo

En el año 1953, vivía en el campo con mi mamá y hermanas; yo tenía 10 años, y mi padre había fallecido unos meses atrás. En ese momento, no teníamos otro entretenimiento que jugar con tortas de barro y con una muñeca de trapo confeccionada por nuestra madre.

Cierta vez, un primo de mi mamá me llevó a pasar unos días con su familia al campo. Una mañana, como lo hacía siempre, fue al pueblo a buscar las provisiones para su hogar. Pasó por el Correo Argentino ¡y me llevó un regalo! En esa época el Gobierno Nacional enviaba juguetes para niños y niñas. Cuando lo vi, fue inmensa mi alegría y sorpresa: mi primer muñeco. Era un payaso, con la cabeza, brazos y pies de yeso, y el cuerpo de trapo relleno. Lucía un bonete y sus cachetes pintados de rojo; el traje muy vistoso, mitad rosa y mitad con estampa, ceñido a la cintura con una cinta de raso.

Fue el único juguete que tuvimos con mis hermanas por mucho tiempo. En esa época no sobraba mucho espacio para jugar, porque teníamos que ayudar a mi mamá en las tareas de la casa, pero siempre me hacía un ratito para entretenarme con él. Por eso lo conservé todos estos años y hoy ocupa un lugar importante dentro de los afectos y recuerdos de mi niñez.



Máquina de coser con mesa

Máquina heredada: mi madre, de mi abuela y yo de mi madre, ¡y funciona perfectamente! Esta máquina me remonta a mi infancia cuando visitaba a mi abuela, ella pasaba horas cosiendo.

Después pasó a mi madre, ella me hacía las polleras para bailar folklore y muchos recuerdos más, parches en las rodillas de los pantalones, arreglos de guardapolvos.

Con esta máquina me hice un vestido para ir a una competencia a Tandil en el año 1984, donde ganamos, y yo salí elegida “la donosa del Festival”. Toda una historia familiar.



Radio de madera

En el año 1944 según la historia de la familia (yo nací siete años después) mi abuelo, don Santos Filippa compró una radio, un molino cargador de 6 watts y su correspondiente batería, todo usado al Sr. Longuini (almacenero) del paraje Villa Herminia, distante a 40 km. al SO de la ciudad de Río Cuarto. Es justamente donde me crié y se desarrolla toda esta historia.

Recuerdo tener 5 o 6 años, y en esas noches frías de invierno, mi tío Juan, papá de Hugo, se sentaba a escuchar noticieros de alguna de las emisoras que se sintonizaban en esa época: Radio Belgrano, Radio El Mundo o Radio Nacional. Yo me sentaba sobre sus pies, apoyaba mi cabeza en sus piernas y escuchaba “El Repórter Esso”. En mi inocencia preguntaba por qué ese hombre que transmitía se llamaba “Tereso”, sin entender que quien auspiciaba el programa era la petrolera Esso. Se escuchaba mal, se iba la onda. Algunas veces se escuchaba por onda corta, otras por onda larga. Ni hablar si un domingo querían escuchar una carrera de turismo carretera por Radio Porteña, que transmitía desde un avión de “Carburando”.

Vienen a mi memoria algunas publicidades de la época: “desde el llano a la montaña, cosechando con Rotania”, “que lindos que son tus dientes, le dijo la luna al sol, y el sol contestó sonriente, aha, me los limpio con Odol”. Otro de los recuerdos que tengo es cuando se agotaba la batería y no había viento: chau, la radio no andaba. Entonces llevaban la camioneta Chevrolet modelo 1928 al lado del alambrado, para que sirviera de antena, y su batería (la de la camioneta) a la radio, y así andaba.

Toda la familia se reunía para escuchar radioteatros: “Palmolive de lujo” antes, y luego por L.V.16 las radionovelas de César Córdoba (autor cordobés muy conocido).

Es muy emotivo recordar esos años en que la comunicación con el mundo se hacía sólo a través de la radio, y la imagen de los actores, las acciones, los lugares, quedaban librados a nuestra propia imaginación.

María Natalia García
Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Este objeto es el rallador de mesa de la Rosa, mi abuela materna. Estaba en la punta de la mesa, cerquita de la mesada, al lado de muchísimos fideos caseros, casi todos los domingos al mediodía.

Sonaba la Lv16 y se sentía desde afuera el perfume de la salsa con chorizo y laurel. En la foto, Aymara lo está usando también.





Tijera y planchas a carbón

Alcira Rivarosa

Estudio de Danzas Nativas Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Hay objetos que nos acercan a evocar un “pedacito” de vida, un recorte del tiempo que se fue, pero que sigue allí esperando, esperando... que alguien lo haga visible. Eso es lo que simbolizan estos objetos que comarto: una tijera grande, plateada y dos planchas (a carbón, y a gas) que desde 1939 cobraron valor para el trabajo en la sastrería de mi papá, allá en el garaje de la casa de mis abuelos, en mi pueblo del norte de Córdoba.

El oficio del sastre fue cambiando y se perdió con el tiempo, pero en mi memoria toman colores fuertes esos trajes colgados en maniquí, de cuidadosa medida y de horas con costuras a mano. Sacos con hombreras de corte inglés y chalecos con botones y bolsillos que escondían un pañuelito bordado... Piezas enormes de telas de estilos elegantes en donde la tijera “media distancia y cortaba largo”, cautivando mis ojos que solo llegaban al borde del tablón en donde se hacían los moldes para esa confección.

Y después... llegaba el momento esperado donde la artesanía del planchado cobraba sentido con carbón encendido o con gas, dejando huellas firmes y lineales en las telas; mostrando el poder de su fuerza con el humo que provocaba al contacto con las fibras.

Era mágico verlo trabajar y, saber que él era mi héroe, porque podía transformar esos trozos de telas en maravillosos y elegantísimos trajes.

Su legado hace más de 80 años que vive en esos objetos y atraviesa las anécdotas y cuentos que escucharon mis hijos, mis sobrinos y nietos, y para mí, forma parte de sus miradas, su sonrisa, sus gestos y sus historias, aquellas que contaba en cada puntada de hilo, aguja y dedal grueso, que acaramelaban mi niñez.



Marisol Urquiza
Escuela Municipal de Danzas
Adelia María, Córdoba

Estas castañuelas tienen algo especial para mí. Cuando tenía 6 años empecé a estudiar danzas españolas en un pueblo vecino ya que en el mío, Mataldi, no había profesora.

Viajábamos en taxi con un grupo de amigos, y era muy lindo compartir ese viaje. íbamos con mucha alegría, cuando llegábamos nos esperaba la señorita Haydee. Disfrutábamos mucho de esas horas de enseñanza y ensayo... esto lo repetíamos dos veces por semana y lo hicimos hasta que terminamos la escuela primaria (en esa época, 7mo grado).

Desde entonces guardo las castañuelas y los zapatos rojos en casa de mi mamá. Cuando tengo oportunidad me pongo a tocarlas con mucho amor, y al recordar esos momentos, siento una gran emoción y pienso en mi infancia, cuando fui muy feliz.



Sifón de vidrio “Plaza Hotel”

Marcelo Alcoba

Director de Grupo Abriendo Surcos
Río Cuarto, Córdoba

Mi hermano menor, cual patriarca de la familia, entregó a cada uno de los hermanos, apenas unos pocos años atrás, un antiguo sifón de vidrio con la inscripción “Plaza Hotel”, testimonio material de la cultura del trabajo de mi familia paterna, y hoy excusa para movilizar recuerdos de vida.

El objeto se enmarca en un emprendimiento que tuvo su esplendor en los años 50, se sostuvo hasta finales de los setenta y en los vaivenes económicos del país completo su ciclo con bandera de remate... pero bueno esa es otra historia.

Por esta actividad comercial, mi madre conoció a mi padre vendiéndole un número de rifa de la escuela en la que ella era maestra. Nunca mejor dicho “afortunado en el juego desafortunado en el amor”, pero al revés en el caso de mi padre, su inversión fue exitosa, encontró su amor y rápidamente ¡se multiplicó por cuatro!

En mis memorias, el hotel fue un espacio único y especial. Si bien allí vivían los abuelos, no eran muchas las oportunidades en las que nos permitían asistir y menos aun perma-

necer. Eso nunca lo entendí, nosotros éramos muy bien portados ¿?... de todas maneras cuando esto se producía, estábamos de fiesta.

Escondidas inolvidables en un laberinto de pasillos a los que poblabamos con gritos y risas generando la queja inmediata de los huéspedes, no sin consecuencias para nosotros. En algún descuido, también podíamos colarnos a la oficina de mi padre y maltratar su máquina de escribir Olivetti. Explorar algún techo aledaño al edificio era otra opción. Envueltos entre las pilas de sábanas que esperaban para su lavado, nos transformábamos en jeques árabes en la ropería. Maravillarnos cuando lográbamos invadir la habitación de los objetos olvidados por los clientes a través de los años.

Recorrer con la abuela las galerías para regar sus plantas, mientras nos trasmítía los secretos de su cuidado, en especial de su granado “enano”. Y la “montaña rusa” única en la ciudad y solo para nosotros: una gran escalera de mármol que desembocaba en el hall de ingreso, con un descanso intermedio, nos daba la posibilidad de lanzarnos entre risas y castañeteos de dientes que se golpeaban al descender cada escalón e igualmente no nos amilanaba en una experiencia que se repetía infinitas veces.

En perspectiva, releo el texto, observo nuevamente la inscripción en el botellón de vidrio “Plaza Hotel”. Ahora entiendo: ¡el hotel siempre fue nuestra “plaza”!

Máquina de coser de juguete



Gloria Moreno

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe

Es un regalo de una navidad que Papá Noel me la trajo, es un recuerdo hermoso de mi niñez, donde fui feliz con este sueño añorado. La guardo desde entonces, recuerdo que jugaba muchísimo haciendo ropita para mis muñecas, o realizaba pañuelitos para mi madre.



Libro de recetas “Doña Petrona”

Domingo de invierno en Río Cuarto, húmedo, ventoso, de esas semanas grises en las que se apaga el sol, y augurando el calorquito del horno se abría el libro de Doña Petrona. Las manos grandes de mi mamá lo recorrían y sobre la mesa redonda comenzaban a rejuntarse los ingredientes. Al ratito nomás, ya habían tomado forma las bombas de crema o el bizcochuelo, que acompañarían el estudio, la charla sencilla, el mate dulce o simplemente el silencio compartido. Se sabía que después de que mi mamá me decía “alcanzame” señalando rinconcito propio de aquel cúmulo de hojas, la tarde era hogar.

A mediados del siglo pasado mi abuela trabajó de cocinera en una estancia de la provincia de Buenos Aires, y como regalo, Don Julito, el querido hijo del patrón, le regaló el libro de Doña Petrona. Con pocos saberes en letras pero mucho afecto, aprendió a hacer los cañoncitos de hojaldre que eran los favoritos de Julito.

De un incendio grande de la cocina de esa estancia, mi abuela salva su amado libro, atesorado mucho más que por el contenido en sí, por los momentos que simbolizaba. Después de que dejó ese lugar lo siguió usando, siempre recordando esos lindos años. Cuando ella fallece, es mi madre quien se encuentra con él y lo preserva con cariño hasta ahora, recurriendo seguido a sus consejos sobre sabores.



Pava de metal para fogón

Mi papá trabajaba en la cosecha y como no se paraba la tarea hasta que se terminaba el lote, con mis hermanas le ayudábamos a cumplir con todas las labores necesarias. Mientras las más grandes arrimaban las bolsas de arpillera al caño donde se deslizaban las semillas, que las llenaban para luego coserlas y largarlas al rastrojo, yo, que era de las más chicas, preparaba el yerbeado.

En esa pava verde se calentaba a fuego el agua, se agregaba la yerba y se tenía lista la bebida para amenizar los momentos frescos de la jornada, o para suplir el almuerzo que muchas veces se pasaba de largo. Cada vez que mi papá Esteban, daba la vuelta en el extremo del lote le acercaba la taza que lo acompañaría en el próximo tramo.

Cumplida esa tarea la pava volvía al fogón (o matera, nombre que se le daba), y yo a incorporarme a la ayuda de mis hermanas.



Mesa redonda maciza

Germán Argañaraz
Municipalidad de Brinkmann,
Córdoba

Es una parte de la historia familiar en la casa de los nonos, siempre estuvo siendo testigo del paso del tiempo, del paso de momentos maravillosos grabados en la memoria de cada uno de nosotros y también de los otros, de momentos tristes y de congoja. Junto a ella, Lucía y Patrocinio tendieron el mantel que reunió a sus hermanos, luego se sumaron los hijos y más tarde fueron parte los nietos, quienes se sumaron a la mesa.

Fue una herramienta indispensable en labores cotidianas, compartiendo con el parral y el viejo aljibe un espacio casi místico en la casa humilde. Allí pudo oír todos los sonidos de la vida familiar; con privilegio supo escuchar los primeros acordes del bandoneón de Juan Carlos, más tarde, sumados a la guitarra de Quito, fueron melodías imborrables para quienes vivimos esos momentos. Las risas y el llanto de los niños jugando en la galería, los pájaros al amanecer, el ladrido de Coco, las canciones de Lucía cuando barría la vereda bajo el parral, la voz precisa y justa de Patrocinio, todo lo escuchó ella.

Su cuerpo inerte y macizo seguirá disfrutando de la diversidad del transcurso del tiempo, seguirá soportando largas soledades, rigurosos veranos, y frías heladas que, año a año, llegarán como siempre. Pero será ella quien podrá disfrutar de la renovación de los sonidos, de las imágenes, de los aromas, como premio a tan incondicional compañía brindada a tantas generaciones.

Cristina Rodriguez

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe



Pocas cosas han quedado de mi infancia, pero estos libros son recuerdos de mi paso por la escuela primaria y de mi marido, los guardo con nostalgias que tengo en mi memoria, las he compartido con mis hijos y ahora con mis nietos.

El respeto a la escucha de mis historias vividas, y las preguntas fluyen para saber aún más que pasaba en mis días de colegio.



Facundo Julián Gaztelú

Agrupación Folklórica Lazos de Amistad
Crespo, Entre Ríos

No haber podido conocer a mis dos abuelos nunca fue un problema para recordarlos, si bien no es que se hablaba de ellos todos los días, de niño fui formando su imagen a través de anécdotas y algunas de sus pertenencias que quedaron en mi familia: carnet de

socios de Boca, carnet de afiliaciones al PJ, relojes, llaveros, obras artesanales hechas por ellos y unas cuantas fotos. De Julián, mi abuelo por parte de mi padre, siempre escuché que era un hombre muy callado, de perfil bajo y escasas expresiones.

Siendo un niño me llamó mucho la atención que de él fuera aquella insignia que decía “COMISARIO COLUMNA” que, debo admitir, durante mucho tiempo relacioné con una posible participación en las fuerzas militares o algo similar, lo cual me parecía bastante extraño, hasta donde sabía él era mecánico trabajando en la Municipalidad de Buenos Aires.

Ese pequeño trozo de paño verde con letras blancas estuvo siempre en un pequeño retablo o altarcito que se encontraba en la oficina de mi padre, acompañado de varios objetos más. Ya luego de varios años comprendí que eran las iniciales “CGT” que aparecían en la insignia y cuál fue el verdadero significado de ser comisario de columna.

Esto, sumado a que ahora podía entender varias anécdotas sobre su vida relacionada con la política, hacían que cobrara otro valor este objeto, daban sentido a muchas de mis propias convicciones y también modificaban, de alguna forma, la imagen que había en mi cabeza sobre quién habría sido mi abuelo, y del cual sin dudas estoy muy orgulloso.



Mantita de lana tejida a dos agujas

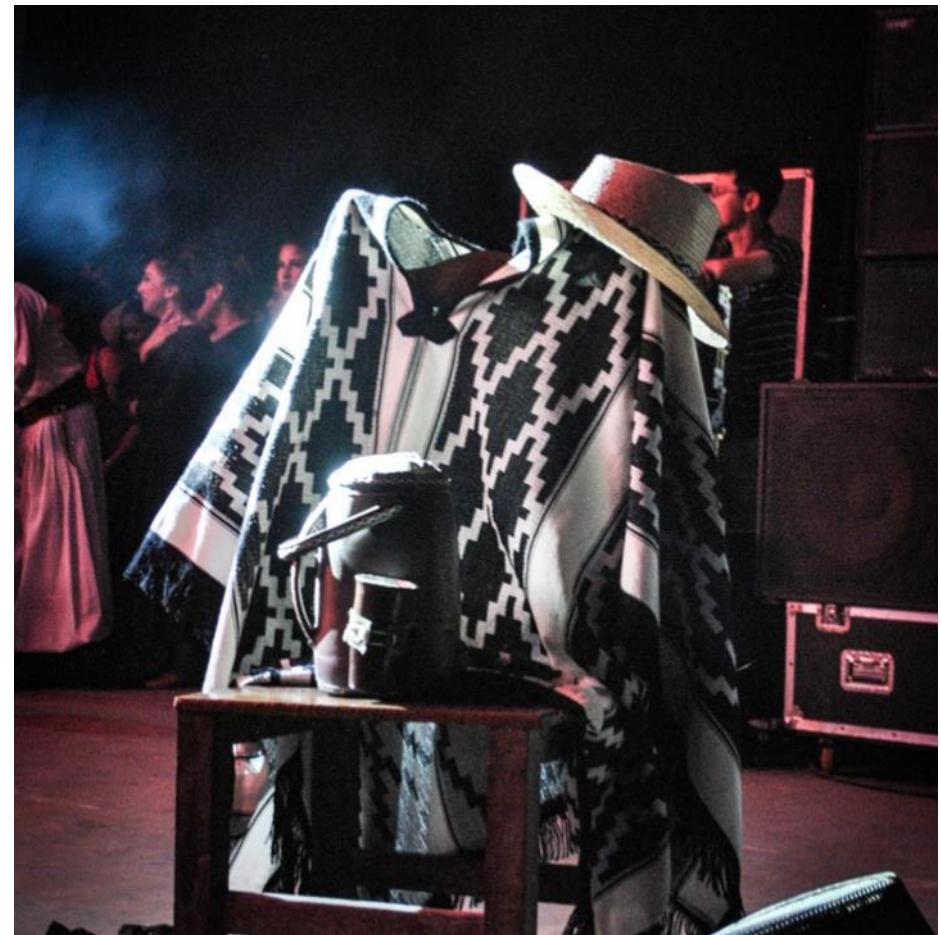
Yazmin Muro Müller
Agrupación Folklórica Lazos de Amistad
Crespo, Entre Ríos

El 2020 fue un año de grandes cambios; entendí que los pedidos que uno hace, Dios y el universo los conceden. El 2021 viene siendo de grandes aprendizajes; abundan los agradecimientos y los pedidos cambiaron de protagonista.

Suelo ser muy apagada a las cosas, me gusta guardar recuerdos de viajes, de la escuela, de mi infancia... Participo con gusto de esta propuesta y les comarto algunos puntos de blanco abrazo.

En pleno calor de Resistencia (Chaco), siempre con la radio y algunos chamamés, mi mamá tejió esta manta de lana esperándome, para cobijarme unos meses después en el frío invierno entrerriano. Mis hermanos la disfrutarían algunos años más tarde también.

Afortunadamente, esta mantita es una de esas cosas que se guardan con cariño, aun sin saber que multiplicaría el amor entrelazado en sus puntos tanto tiempo después. Pasaron 34 años de que las manos de mi mamá tomaran las agujas para tejer esta frazadita que hoy arropa a mi beba.



Poncho con guarda pampa

Asociación Folklórica Estampas Norteñas

Pirané, Formosa

“Los científicos dicen que estamos hechos de átomos, pero a mí un pajarito me contó que estamos hechos de historias”, escribía Eduardo Galeano.

La Asociación Folklórica Estampas Norteñas, desde Pirané, es un pueblo pequeño pero donde la cultura tradicional formoseña, entendida ésta en toda su complejidad, dinámica y vital, se expresa fervorosamente.

Rubén Luciano Vergara llegó desde su querida Santa Fe a este rinconcito del mundo para quedarse y transcender, forjando un sueño colectivo e integrador manteniendo vivo nuestro folklore. Esta imagen cobra vida al recordar cada presentación donde él se vestía de gala, acorde a la ocasión, portando al hombro su poncho, sello nacional y prenda indisociable del gaucho argentino. Por eso al verlo hoy, nos identificamos con su cálido, humilde y humano acompañamiento, debido a que él ya no se encuentra físicamente entre nosotros.

Hacedor de sueños, lo llamamos sus jóvenes, porque alrededor de la mesa amarilla o un ensayo, compartiendo un café o su tereré de limón infaltable, nos enseñó a creer en cada uno de ellos. Es que en cada ronda compartida recordamos la fresca y afectuosa compa-

ñía de un hombre que brindó todo de sí para la Asociación y el compromiso de compartir con todas las generaciones el amor y respeto al Patrimonio Cultural, condimento esencial en el armado de nuestra tradicional identidad como piranenses, formoseños y argentinos.

Abanico con imagen de la Virgen de Luján



M. Elena Molina

Ballet Senderos Argentinos
Carlos Pellegrini, Santa Fe

El abanico es un obsequio antiquísimo, perteneciente a la suegra de mi cuñada, tiene la imagen de la Virgen de Luján, porque lo han traído desde la basílica, realmente para mí es de gran valor espiritual.

Máquina de coser heredada de una amiga que dejó de utilizarla, tiene muchos años ya que pertenecía a su madre, hoy tendría 90 años, por eso no puedo calcular la existencia de la misma. Pero feliz porque la cuido, y sigo utilizando realizando costuras.



Máquina de coser con mesa



Phullu tejido de Cochabamba

Violeta del Carmen Costas Jáuregui

Ballet Folklórico de Cochabamba ,
Bolivia

Así como se entrelazan los hilos del tejido del phullu, se entrelaza mi historia con la vida de mi tío Mons. Abel Costas. El entramado trae a mi memoria momentos compartidos. Los colores vivos, absorbidos por los años, evocan su tierra natal Pocona. Al tocarlo siento una cálida sensación, que acompaña y consuela porque refleja el arte de las mujeres tejedoras de Cochabamba, como si ellas me hablaran, me fortalecieran.

Mi tío, en su vejez, llenó los almuerzos de oraciones e historias. Cuando lo visitaba noté la presencia del phullu, en la silla de su escritorio acompañándolo al escribir sus memorias. Estuve a su lado en los últimos días, mientras esperaba la partida final con tal paz y serenidad que le confería un halo de luz y santidad.

Cuando nos dejó, el phullu permaneció en la silla silencioso y paciente... entonces me llamó, cálidamente, me prometió abrigo y recuerdo. Y lo traje a casa conmigo.

En las noches de invierno, me calienta, me arropa desde su pesadez y, a pesar de su asperza, me acaricia, porque su presencia, es la presencia del pueblo paterno que llevo en mi corazón, es la presencia de la espiritualidad en mi vida, que me donó mi tío... en fin, es su presencia.



Lápiz, serrucho, metro y regla T

Testimonio material de los elementos de un artesano carpintero que formaron parte de toda una vida. Surge el recuerdo de estos objetos y de las manos que los utilizaron, mi padre. Mi padre era carpintero, un verdadero artista en diseñar y confeccionar muebles, sus obras, hoy los miro con orgullo en cada rincón de la casa.

Traigo en el recuerdo un lápiz, un serrucho, el metro y la regla T (escuadra lo llamaba él) que eran sus elementos cotidianos en esa cultura de trabajo, fuente para mantener a la familia y solventar el estudio de mis hermanos y el mío. No faltó oportunidad en donde fui llamada a ayudar en el taller en el cubicaje de madera, conocimiento de utilidad en varios momentos de mi vida.

Observar algo material que haga a la pertenencia e identidad personal, es recordar a quien se ha iniciado en esta labor desde muy joven ayudando y aprendiendo con el abuelo, quien en esos años de juventud recibe de su padre su primera herramienta, un serrucho de madera de procedencia checoslovaca, que estimo a la fecha tiene unos 90 años.

Fueron estos elementos sumados a otras herramientas de trabajo y los valores humanos de mamá y papá, los que han formado tres hijos, de los que ellos siempre expresan orgullo, sentimiento recíproco con toda seguridad.

El lápiz lo guardé yo, el metro y el serrucho guardó mi hermano y, por esas cosas que tiene la vida, la regla T la guardó mi madre quien entregó a mi hija el último día de su examen de arquitectura. Estos objetos son pequeños trofeos con un valor sentimental personal inmenso que despierta el recuerdo de las diferentes etapas de mi vida.

Esta invitación, me ha transportado a un tiempo pasado que sigue vivo en mí con una gran fuerza, recordar me emocionó y compartir este recuerdo es como abrir esa puerta para conocernos un poco más con total sencillez y cariño, mostrar de dónde venimos y el camino recorrido.

Hoy, la Fundación Tío Kilo que nuclea al Elenco Floclórico Minguero Jeroky constituido por niños, jóvenes y adultos, fue creado en honor a mi padre conocido en la comunidad como tío Kilo, quien ha formado a varios jóvenes en esta noble profesión.

Paloma Pizarro Lizana

Gestora Cultural,
Chile

La cacerola u olla se inventó hace miles de años (a.C.) y sin embargo está más vigente que nunca. Es la protagonista hoy en gran parte de Latinoamérica, ha sido una voz masiva en las comunidades. El cacerolazo “es una forma de protesta en que los manifestantes hacen saber su descontento mediante ruido acompañado, típicamente golpeando cacerolas, ollas u otros utensilios domésticos. Los manifestantes pueden salir a las calles y concentrarse en un lugar determinado o participar desde sus casas, pudiendo de esta manera alcanzar la protesta un alto grado de adhesión y participación.”¹ Esta acción, generalmente pacífica, se sigue utilizando principalmente en rechazo de algo. Se creó como una manifestación popular, alejado de los intereses partidarios, que pueden surgir de manera espontánea o convocada. Generalmente acompañado de bocinazos, gritos y silbidos o “chiflillo”.

En Chile los primeros cacerolazos se realizaron en la década del 70. Primero para protestar ante el Gobierno de la Unión Popular (UP) de Salvador Allende y posteriormente durante el régimen militar (1973 - 1989) y el retorno a la democracia (1990). Durante los últimos 30 años el cacerolazo ha sido utilizado en la mayoría de las manifestaciones sociales en contra del gobierno de turno. El cacerolazo se ha transformado en un arma de revolución pacífica que se extiende por todo el mundo, siendo América Latina su princi-

pal exponente. Es muy emocionante ver a la gente salir a sus balcón, a las calles, en los autos con sus cacerolas, pailas y cucharas de palo. Luchar con tanta gente por un mismo fin es algo que solo se siente en el pecho. El corazón late a mil por segundo. El cacerolazo es transversal en edad, género, estatus social y económico, religión, partido político y país. Es algo que trato de cultivar en mi familia, de compartir con mis hijas, que se sientan parte de nuestras luchas sociales y que entiendan que desde el balcón pueden aportar con un granito de arena y han logrado muchas cosas. Han sido la voz amplificada del pueblo y estoy feliz de vivir con ellos. Es por esto que considero “la cacerola” como un objeto de pertenencia e identidad nacional.

¹ <https://es.wikipedia.org/wiki/Cacerolazo>



Cacerola con asa y cuchara de madera



Paloma Pizarro Lizana

Gestora Cultural,
Chile

Violeta Parra “durante los primeros años de la década del 50 estuvo en Pirque. En su trabajo de investigación, conoció a Isaías Angulo: maestro del guitarra. La cantautora aprendió a tocar este instrumento de 25 cuerdas que era popular en el campo y casi desconocido en la ciudad.” ¹

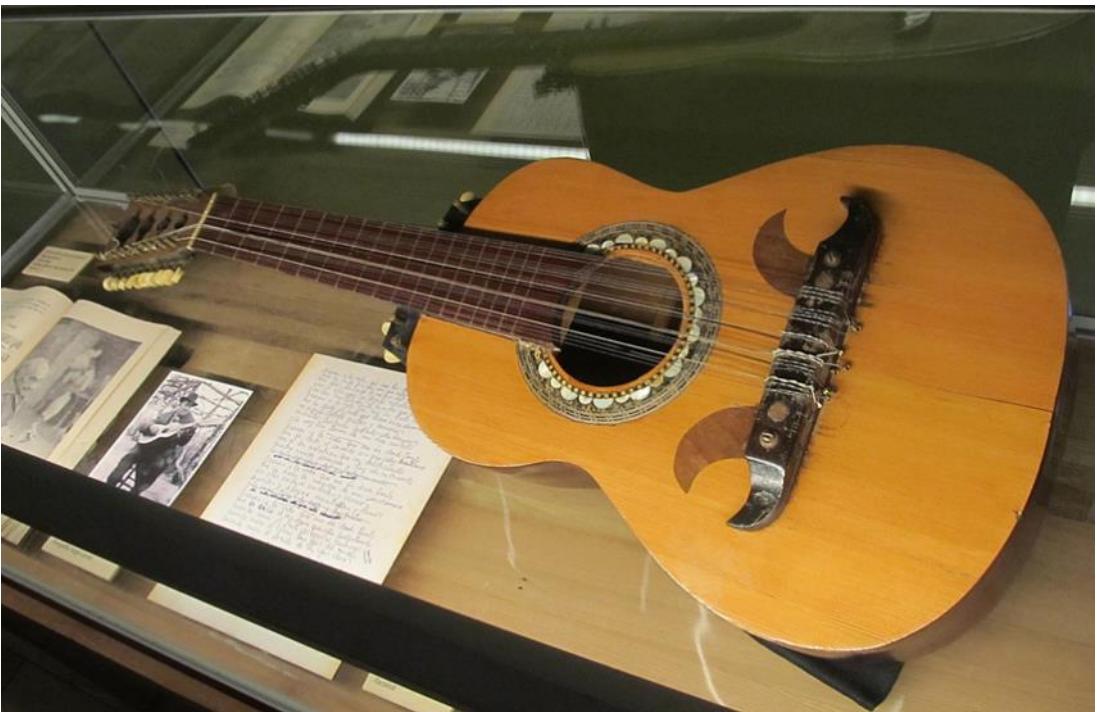
Pero, ¿quién es Isaías Angulo? Poeta popular y destacado guitarronero. Cultor natural del canto a lo poeta cuya sabiduría fue recogida por Violeta Parra. Conocido como “El Profeta”, el testimonio de su conversación, canto y versos, consta en el libro “Cantos folclóricos chilenos”, recopilados por Violeta y publicados en 1979. También fue padre de la tía Celinda, suegro del tío Julio (esposo de tía Celinda) y abuelo de las primas de mi abuela (el papá de mi abuela, mi bisabuelo, Justo Martínez Sandoval fue hermano del tío Julio). Este enredo familiar (y de

relación más bien política) sigue vivo en mi familia matriarcal. Desde niña escuché historias sobre la Violeta y la "Mamita Pola", mi bisabuela, quien tenía una fonda llamada "Los Perlas" y que colindaba con la de ella en La Reina. Que no se tenían muy "buena onda" porque era muy bulliciosa. Otro bello recuerdo es de mi mamá, quién vio a la Violeta en una esquina, donde se le acercó, le acarició el pelo, se subió a un auto y se marchó. Lo increíble es que mi mamá sólo tenía un año (ella nació el '66 y Violeta murió el '67). Desde entonces ella ha sido su admiradora.

¿Y cuál es la relación con Isaías? Bueno, él le enseñó a tocar el guitarrón chileno a la Violeta y a su hijo Ángel. Después de muchos recuerdos y relaciones nos dimos cuenta de que siempre hemos estado ligados, como familia, al folklore y a la cultura popular de nuestro país. Patrimonio que mantenemos en el alma, la mente, el corazón y la oralidad al traspasar estas historias a nuestras hijas, primas y sobrinas más pequeñas.

Hoy esta historia tiene una vitrina en la Sala Humana del Museo Violeta Parra en Santiago de Chile la que contiene un guitarrón, el manuscrito de "Gracias a la vida", una foto de Isaías Angulo y un libro con partituras. "En su trabajo de investigación, (Violeta) conoció al gran maestro Isaías Angulo.

Al principio él se corrió un poco, pero ella con esa sabiduría y humildad pudo vencer este recelo y él, le enseñó a tocar el guitarrón. Le dio a conocer su canto de lo humano a lo divino".



1 <http://artepopular.cl/2017/09/14/las-estaciones-de-violeta-se-presenta-en-pirque-en-recuerdo-del-guitarron-chileno>

CIOFF® Argentina

Presidencia: Yazmín Muro Müller

Vicepresidencia: Ariel Ifrán

Secretaría: Silvina Molineris

Tesorería: Silvio Garbolino

Vocal 1º: Marcelo Alcoba

Vocal 2º: Cecilia Ferreyra

Revisores de Cuentas: Gloria Scilingo Vargas, Nicolás Alanis

Miembro de honor de CIOFF® Mundial: Alcides Hugo Ifrán

Miembro Joven en la Com. Mundial de Cultura CIOFF®: Facundo Gaztelú

Consejo Asesor

Cultura: Silvana Piemonte

Directores de Grupo: Damián Rodríguez

Festivales: Beatriz Sangoy

Jóvenes : Facundo Gaztelú